Del cometa de Sender a la lápida de Froilán. Desandando el proceso de una leyenda autobiográfica

Roger Duvivier

Al año de la desaparición de Ramón J. Sender ha parecido oportuno reproducir, del boletín de la asociación belga, unos párrafos que me inspiró la circunstancia de la muerte de aquel gran exiliado [1]. Válgame, a ese fin, la amable autorización de la Societé Belge des Professeurs d'Espagnol, a la que agradezco el favor.

Aprovecharé la ocasión para dedicar una atención más detenida a una comunicación del autor a la que me referí sólo elípticamente en la redacción de mi nota. En fin, indicaré los datos nuevos que han venido a influir en mi visión del tema.

Lo que viene a continuación empieza, pues, con la repetición literal del comentario nacido del momento. Luego una posdata bastante extensa abre camino a un reexamen de algunos extremos.

Algunos oyeron la noticia por radio, otros se enteraron en la edición matutina de su diario mediante el escueto y descuidado «communiqué» difundido por una agencia de prensa internacional: falleció repentinamente a mediados de enero en su apartamento de San Diego (California), a los ochenta años de edad, el famoso escritor aragonés Ramón J. Sender, primer novelista del exilio español [2]. Rudo golpe e información corta para los hispanistas exteriores, que por cierto tienen que conformarse las más de las veces con la escasa publicidad que se concede en estos contornos europeos a los acontecimientos culturales de más allá del Pirineo o el Atlántico. Llamé a España y supe que al parecer la muerte había sorprendido a Sender durante el sueño. Exactamente lo que quería él, si nos atenemos a una de sus respuestas al «Cuestionario Proust» en artículo del domingo 29 de julio de 1979 de la *Vanguardia,* de Barcelona.

Sin embargo, no hay que tomar demasiado en serio *a priori* ese tipo de declaración, que igual puede ser puro desvío. En realidad, la afirmación del novelista debe ser entendida a la luz de los conceptos que acerca de la muerte propia se desprenden de una lectura adecuadamente empática de algunas de sus obras cruciales.

Por supuesto que casi en vísperas de la década de los 80 no le tocaba ya al laurea-

---

[1] «El acercamiento a la muerte propia en la obra reciente del difunto Ramón J. Sender», Bulletin de la Société Belge des Professeurs d'Espagnol, núm. 28, marzo 1982, pp. 4-13.

[2] Nacido en Chalamera (Huesca), el 3 de febrero de 1901. Infancia en Chalamera (1901-2), Alcolea de Cinca (1902-11), Tauste (1911-14), Zaragoza (1911-17). Su carrera de periodista, muy temprana, precedió a la de novelista. Combatiente en Marruecos (1923-1924), y de lado de la República durante la guerra civil, salió de España en 1938 a raíz de desavenencias dentro de su campo. Se exilió con sus dos hijos a Francia, México y Estados Unidos, sucesivamente. Viajó a España en 1974 y 1976. Entre más de cien libros suyos publicados, ninguno más famoso y popular que el *Requiem por un campesino español,* ninguno más aragonés que *Crónica del alba I,* ninguno más ambicioso que *La esfera.*

BOLETÍN AEPE Nº 29. Roger DUVIVIER. Del cometa de Sender a la lápida de Froilán. Desandand...
Centro Virtual Cervantes

do maestro ambicionar el estrepitoso final que corresponde al héroe o el mártir, figuras céntricas del ensueño del niño Pepe en el primer tomo de la trilogía más que semiautobiográfica *Crónica del alba* [3].

El que no admita la muerte como degradación siniestra se ha verificado en 1979 con la publicación de *La mirada inmóvil* [4], novela fantasmagórica impregnada de un intenso subjetivismo. Ahí vemos cómo el protagonista Agamemnón (Aga para sus familiares), clara hipóstasis del autor, se libra inesperada e inexplicablemente de los efectos de una enfermedad mortal. De vuelta del hospital a su apartamento se entretiene en extensas pláticas con tres «dobles» bautizados con nombres raros, que, respectivamente, son representaciones *grosso modo* del héroe, del sabio y del santo o poeta; es decir, en conjunto, una acomodación aproximativa del tríptico del santo, el héroe y el poeta, antigua meta ideal del niño Pepe de *Crónica del alba.* Al cabo de varios días, consumido el placer agridulce de la conversación y la rememoración, Aga se tira a un barranco desde la terraza de una taberna, seguido de los tres leales «trasuntos»: «Al llegar a la barda de piedra, Agamemnón se arrojó de cabeza como suelen hacer los nadadores desde el trampolín y detrás de él fueron arrojándose el coduencosma, el coduenscapro y el conduenstraito. Este fue el último. Todos, con una ligereza de ánimo de veras sorprendente» [5].

No puede ser más inequívoca la función catártica de ese relato «liquidatorio». *La mirada inmóvil* exorcizó al suicidio como reacción ante la vejez y el desengaño. Tal extremo nos resulta tan manifiesto como lo fue en su tiempo el afán de superación de la nostalgia en la constelación formada por los dos primeros tomos de *Crónica del alba* y el séquito de novelas que en diversos grados y modos se refieren a la infancia aragonesa y a las mocedades españolas del gran exilado. Si remontamos al primer momento del exilio nos consta que como parábola de la salvación del desarraigado *La esfera* [6] no dejó de contribuir a que el autor no derivara hacia el suicidio o el resentimiento. La estrecha ligazón de la vida y la obra de Sender no ha sido desapercibida por la crítica y el mismo autor ha teorizado algo sobre la función sustitutiva u orientadora del acto de escritura [7].

La mirada inmóvil desempeña una función conservadora, al igual que *La esfera,* pero con la diferencia de que el final esta vez no ha podido ser de signo positivo. Parece que la marcha del tiempo ya sólo daba lugar a una morbosa diversión en trasfondo de horizonte cerrado.

Ahora bien, tampoco se debe exagerar la significación negativa de *La mirada inmóvil.* El que el balance desengañado corra a cuenta de un ente de ficción despeja en cierto modo el acceso a una expresión liberada, de temática bien distinta.

En el número de verano de 1980, María Jesús Ramón opinaba aquí mismo que «podemos considerar a Ramón Sender no sólo como uno de nuestros mejores escritores, sino como uno de los más jóvenes» [8]. Lo decía especialmente por su visión generosa de la comunidad humana y por su fe en la vida y el amor, rasgos que, según ella, se desprenden de la colección de crónicas publicadas en el periódico *Heraldo de*

[3] Edición definitiva en 2 volúmenes en Barcelona (Ed. Destino), en 1973. Publicada en 9 volúmenes, en varios lugares, de 1942 a 1965.

[4] Barcelona (Editorial Argos Vergara), 1979. Fechado al final: «California, octubre 1978» (p. 331).

[5] *Op. cit.,* p. 331.

[6] Se publicó primro en México, con el título *Proverbio de la muerte.* La edición definitiva (Madrid, Ed. Aguilar) se realizó en 1969.

[7] En *Tres ejemplos de amor y una teoría,* Madrid (Alianza Editorial), 1969.

[8] Bulletin de la Société Belge des Professeurs d'Espagnol, núm. 21, p. 9.

BOLETÍN AEPE Nº 29. Roger DUVIVIER. Del cometa de Sender a la lápida de Froilán. Desandand...
Centro Virtual Cervantes

Aragón, de Zaragoza, de 1975 a 1978 [9]. Aparte de la firmeza en posturas optimistas, María Jesús observaba el énfasis concedido a las raíces aragonesas y a las andanzas juveniles del autor. Yo añadiría que no deja de ser notable que en aquellas páginas de redacción en parte paralela a la de *La mirada inmóvil* Sender se puso a aludir por primera vez a los primeros años de su infancia, pues se sabe que el principio del relato de *Crónica del alba* coincide con los diez años cumplidos de Pepe y tiene Tauste por escenario de las peleas con el padre y del amor ideal por Valentina. En un artículo de 1976, la memoria —indirecta por supuesto— remonta hasta la época del «corralico» de la casa de Chalamera, el pueblo original, e incluso se cuenta el incidente prenatal de un disparo de escopeta que asustó a la embarazada Andrea Garcés y posiblemente influyó en el ritmo vital del escritor todavía por nacer [10]. No tiene nada de particular ni es de por sí señal de una juventud alerta el que un anciano señor hable de las cosas de su niñez, pero lo que pasa en el caso considerado es que el apego a las fuentes no resta nada a la viveza de la presencia del autor *hic et nunc* ni a la apertura de sus conceptos. Extremando esta paradoja, Sender había de llevar a cabo cierta recuperación de la infancia en medio del libérrimo discurso muy extravertido que ocupa la mayor parte del curiosos libro intitulado *Monte Odina,* publicado en 1980 y quizá bastante desconocido todavía fuera del ambiente aragonés.

De veras, *Monte Odina* es un libro extraño que va a lo suyo sin tener traza de ir a ninguna parte. Sirve de hilo conductor la referencia a la biblioteca que a principios de los años 20 un distinguido caballero de Selgua llamado don Francisco Laguna encargó a su protegido, Ramón Sender, que le montase en la casa de campo nombrada Monte Odina. El joven cumplió el encargo, pero los acontecimientos no le dieron ocasión para visitar Monte Odina. El autor imagina que por fin se acerca a la finca y se entretiene entre los libros, pero son más bien los libros de su cosmopolita biblioteca norteamericana los que comenta efectivamente [12], abriendo paso a toda clase de juicios y recuerdos. El estilo desenfadadamente conversacional va a tono con el desaliño deliberado de la composición. Un juego de asociaciones divagatorias hace desfilar en el anecdotario un gran número de figuras famosas, hispánicas algunas, extranjeras la mayoría: valgan de muestra los nombres de Queipo de Llano, Bertrand Russel, Trotsky y «last but not least Marilyn Monroe» [13]. Por cierto, las desordenadas «memorias» del trotamundos alternan con evocaciones de la patria chica. Y por encima del abigarrado recuento de opiniones e impresiones está tendido, uniéndolo todo a la «presencia territorial de Aragón», destacada por la presentadora L. C. de Watts [14], el cielo que se observa desde Monte Odina, cuya ubicación se concreta en varias ocasiones con detalles topográficos perfectamente comprobables: «Como decía, desde la terraza veo con los gemelos las lomas lejanas de Berbegal y de una finca parecida a Monte Odina que se llama Terreu, muy vasta y hermosa [15].

[9] *Solanar y lucernario aragonés,* Zaragoza (Ediciones de Heraldo de Aragón), 1978. La publicación mensual de crónicas de Sender ha continuado hasta su muerte, pero, después de 1978, fueron pocos los artículos escritos en exclusiva para Heraldo de Aragón. Sin embargo, la publicación de otro tomito estaba prevista.

[10] *Op. cit.,* pp. 15-19 (reproducción de un artículo del 14 de mayo de 1976).

[11] *Monte Odina,* Zaragoza, 1980 (Guara Editorial, Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses).

[12] «Como se ve, hablo más de libros extranjeros que españoles, y no puedo remediarlo después de haver vivido más tiempo fuera que dentro de España, y pasado en el exilio casi toda mi vida adulta» (*M. O.,* p. 189).

[13] Sender se complace en evocar sus pláticas con ella en el penúltimo capítulo (dedicado en mayor parte a mujeres suicidas) y luego se burla levemente de la jactancia propia: «También ella sonreía, después de muerta. ¿Cuál habría sido el número que quería marcar en el teléfono? Yo me hacía vanas ilusiones pero era imposible porque ni ella sabía dónde estaba yo, ni [yo] tenía teléfono.» (*M. O.,* p. 478).

[14] *M. O.,* p. 13.

[15] *M. O.,* p. 79.

BOLETÍN AEPE Nº 29. Roger DUVIVIER. Del cometa de Sender a la lápida de Froilán. Desandand...
Centro Virtual Cervantes

Inmediato al cielo de Monte Odina es el de Alcolea de Cinca, lugar cercano que ha sido teatro principal de la vida anterior al relato de *Crónica del alba:* «Como se puede suponer, no siempre hacía buen tiempo en Monte Odina... Aquel día hubo una tormenta... La tormenta, sin embargo, no fue gran cosa... Las más dramáticamente hermosas que he visto en mi vida eran las de Alcolea de Cinca» [16]. Sigue la evocación de una tormenta tan fuerte que «la abuela se pone a rezar el trisagio y la acompañan todos los hijos y nietos de rodillas»: «Tal vez exagero, porque cuando yo presenciaba estas tormentas no tenía más de siete años de edad» [17].

Monte Odina (que efectivamente está en un lugar alto) es una atalaya que linda con el valle natal, y, por tanto, es atalaya de la vida del escritor memoratorio [18] y puerto de su vagabunda meditación. A cada momento es fácil que la dispersión ceda a la concentración: «Desde Monte Odina se puede intentar un resumen del mundo. Tal vez del universo. Al menos del mío» [19]. El microcosmo, alternadamente soterrado y resucitado a lo largo del libro, es un paraíso infantil alcoleano cruzado, según afirma el autor, por un cometa y un niño muerto: «El episodio más importante de mi niñez sucedió el año 1909, estando en el cielo el cometa Halley, un meteoro inmenso cuyo recuerdo todavía me inquieta, porque a veces sueño con él y otras con un amigo de mi misma edad que murió de una manera inesperada y accidental que todos atribuyeron a la influencia del cometa. Yo también. Estaba seguro de que el cometa se lo había llevado. Se llamaba Froilán, mi joven amigo» [20]. Aclara luego: «Froilán como amigo y Valentina como novia han llenado toda mi infancia y gran parte de mi vida adulta y secreta (no tan secreta, puesto que conté lo de Valentina y pienso contar lo de Froilán» [21].

Para quien haya leído *Crónica del alba,* la equiparación del niño Froilán a la novia de Tauste resulta verdaderamente sensacional, pero Sender se complace en hacernos esperar. Al cabo de cien páginas más comenta: «Pero estas noches miro el cielo estrellado y recuerdo al cometa Halley y a mi joven amigo Froilán... Un día próximo trataré de explicar esta obsesión» [22]. Por fin, el capítulo XI llegará a contar entre muchas digresiones el episodio de Froilán, en casi cien páginas, que se pueden resumir más o menos como viene a continuación.

En Alcolea, a los ocho años, Pepe y Froilán eran amigos apasionados e inseparables. En aquella primavera de 1909 las noches de mayo eran iluminadas por el esplendor de la cola del cometa Halley. De día los niños jugaban con sus cometas, y una vez ocurrió que *la* cometa de Froilán quedó enganchada en un poste eléctrico de alta tensión. Por la noche el chico subió a descolgar el juguete, y como la lluvia había mojado la cuerda, murió por una descarga. Sin embargo, su amigo Pepe no pudo convencerse de la realidad de esa muerte cuando se dio cuenta de que el perro de Froilán seguía tranquilo, hasta el punto de no molestarse siquiera en acompañar al entierro. Quedó con la convicción de que el cometa se había llevado a Froilán: «Por algún motivo fácil de comprender yo odiaba usar la palabra 'muerte' y llegué a la conclusión, después de hablar con el maestro, de que había varias clases de desaparición, una de ellas por hipnotismo. Froilán había sido hipnotizado por el cometa, y si

[16] *M. O.,* pp. 87-88.
[17] *M. O.,* p. 88.
[18] «Algunos días me levanto especialmente memoratorio y vienen a mí unidades de vida ya agotadas, pero no muertas.» (*M. O.,* p. 140).
[19] *M. O.,* p. 61.
[20] *M. O.,* p. 89.
[21] *M. O.,* p. 90.
[22] *M. O.,* p. 188.

BOLETÍN AEPE Nº 29. Roger DUVIVIER. Del cometa de Sender a la lápida de Froilán. Desandand...
Centro Virtual Cervantes

a esa hipnosis añadíamos el fosforilazo luminoso, todo podía comprenderse sin necesidad de enterrar a nadie. Porque los hipnotizados vuelven y los muertos no. Yo necesitaba que mi amigo volviera y sé que va a volver a fines del año 1985. Proteger a Froilán era protegerme a mí mismo, y esa protección de ida y vuelta representaba una satisfacción de amores, fidelidades y generosos favores que a todos nos enaltece, especialmente en la infancia» [23].

El odio a la muerte es imaginable en un niño, pero quizá no tanto la necesidad de protegerse. La «filosofía defensiva» [24] esgrimida en este extracto delata más bien la inventiva de un faustiano escritor que trata de valerse de la reactualización del mundo y del pensamiento infantiles para sortear las ofensas del tiempo amenazador. En vista de que el autor llega a enfatizar las virtudes de la imaginación mágica, resulta delicado apreciar el estatuto narrativo del episodio de Froilán. ¿Entronca con la veta autobiográfica esbozada en la parte de memorias o representa una extensión hacia el pasado del ensueño presente hipotéticamente radicado en Monte Odina?

Habrá de las dos cosas, y esta ambigüedad ayuda a que se fundan de alguna manera las dos dimensiones del libro: la memorativa asociada a la supuesta lectura de libros y la real-mágica arbitrariamente localizada en un lugar añorado que queda fuera de alcance. Responde a la lógica del libro que el espectro de Froilán sea ocasión de cierta indivisión entre el niño Pepe [25] y el escritor Sender, puesto que la ficción de base se orienta a que se barajen juventud y presente.

La dinámica de *Monte Odina* induce la sospecha de que la mayor parte de la iniciativa corresponde al autor en la fantasía del acoplamiento etéreo de Froilán y el cometa. La sospecha se hará convicción en el lector si éste tiene en cuenta que en escritos un poco anteriores el acercamiento del cometa ha sido enfocado por Sender como el posible augurio de una gran calamidad punitiva.

Pongamos un ejemplo entre varios.

Leemos en el suplemento dominical de *Heraldo de Aragón,* del 17 de julio de 1977:

«... El cometa Halley (que yo vi cuando tenía siete años llenando toda la comba del cielo) va a volver hacia 1986. En su mayor parte, la cola de esos cometas es de carbono y al ponerse en contacto con el oxígeno de nuestra atmósfera —si entra en ella— se inflama, lo que produciría lluvias de fuego como en los tiempos de Sodoma.

Podría ser que el pretexto para que la Providencia se condujera con tanta crueldad podría ser el mismo de entonces» [26].

En el mismo lugar, Sender daba a entender que no le disgustaría anticiparse al final general por una muerte bastante leve como la que pudiera derivarse para él de la sensibilidad especial de su organismo para las exhalaciones de carbono. «Entonces, pensando en el cometa Halley, que está acercándose, en las lluvias de fuego y en las novedades chocantes que trae la vida moderna, mi sensibilidad para el anhídrido carbónico me parece a veces no sólo un mal menor, sino casi un privilegio» [27].

Se nota aquí que, aunque sea tratado de pasada y en tono medio jocoso, el fenómeno astronómico sólo es objeto de valoración negativa. El escritor propende a eludir la amenaza separándose del destino común por el privilegio de una muerte individual piadosa. En cambio, cuando vuelve más detenidamente al tema, busca la desvin-

[23] *M. O.,* Cap. XII, p. 248.

[24] En palabras que vienen a continuación: «Las personas mayores tenía[n] miedo a la noche de difuntos porque podría ser que les resultara eterna. Contra eso no hay filosofías defensivas.» (*M. O., ibíd.).*

[25] O sea, de Sender niño. Se sabe que sus familiares le llamaban —y siguieron llamándole— Pepe. Huelga recordar que es llamado Pepe entre los suyos, el protagonista de *Crónica del alba.*

[26] *Solanar y l. ar.,* p. 36.

[27] *Op. cit.,* p. 37.

BOLETÍN AEPE Nº 29. Roger DUVIVIER. Del cometa de Sender a la lápida de Froilán. Desandand...
Centro Virtual Cervantes

culación del devenir humano en una apropiación privada del tiempo cíclico marcado por la vuelta del gran cuerpo celeste. Lo declara incluso explícitamente: «En todo caso, para mí la vuelta del cometa será el logro del círculo perfecto de mi vida» [28]. De la simple broma se pasa en leve envoltura de humor y ternura recordatoria a un mito personal del retorno.

Por arte de palabra, el escritor le ha ganado a la muerte, más que un plazo de media década, la ventaja de entramparla en un tiempo paradisíaco. Impecabilidad de la solución: en el futuro está cifrada la restauración de la infancia confundida con el cometa que la rozó. La ordenación defensiva llega a una economía tan perfecta que la parte de muerte que queda por evacuar es muerte del otro, muerte vicaria, más o menos. Le sirve tan bien a Ramón el difumado Froilán que uno llega a preguntarse si no será pura invención suya.

En realidad, no lo es del todo. El mismo Sender se ha tomado la pena [29] de desatarme la duda que me atreví a someterle a este respecto. Froilán ha existido, pero ha muerto más tarde y en otra circunstancia. En un tipo de circunstancia que puede relacionarse con Monte Odina por un lado inesperado y no deja de ensanchar la significación humana de la fábula de Froilán.

Pero de eso no se hablará aquí, pues es la muerte de Sender de lo que por hoy se trata. Y la conclusión parece ser que su muerte hizo bien en ser discreta y casi esquiva. El se la había fantaseado ya antes. Su reencuentro con el cometa ya no cabía en el calendario corriente. ¿La muerte verdadera del escritor no es la que se fabula —si quiere— transfigurándola en el plano simbólico? [30]. Después de lograrla, Sender no haría gran caso a la otra —la macabra— y ella se acomodó.

Eso escribí a principios del 82.

¿Qué me había escrito Sender a principios del 81, contestando cortésmente mis preguntas acerca de Froilán?

Cito: «El chico Froilán existía con ese mismo nombre, pero ha muerto ya y no electrocutado por un rayo (a lo largo del hilo mojado de la cometa), sino durante la guerra civil. Lo del cometa y la cometa es, por lo tanto, pura invención» [31].

Lo que es invención es la combinación del cometa y la cometa, pues lo primero iluminó efectivamente la novena primavera del futuro escritor. Además, en otra carta un poco posterior [32], confirmando la mezcla que hace de Tauste y Alcolea en *Crónica del alba,* Sender me tiene informado de ésta: «sólo recuerdo realmente el cometa Halley». Existió el cometa, existió Froilán. Si el cometa es lo más relevante de Alcolea en el recuerdo (es difícil aceptar al pie de la letra que el cometa fuera el único recuer-

---

[28] *M. O.,* p. 296.

[29] En marca del 26 de enero de 1982.

[30] Para ser completo, hay que señalar además que los últimos capítulos de *Monte Odina* esbozan, al parecer, una representación alegórica de la vida como migración, mediante el tema de la crianza en Monte Odina de un albatros que, al final, toma su vuelo rumbo al lejano continente austral. Pero el albatros se incorpora también a la mitología personal desarrollada en torno al núcleo principal de la meditación sobre la muerte propia: «Tal vez Austral sabe que el cometa Halley va a volver. Precisamente cuando vuelva estará el albatros en toda su madurez y pujanza. Sin darme cuenta lo incorporo a Froilán y he aquí que formamos una trinidad un poco barroca.» (*M. O.,* p. 435).

[31] Sender alude a esa correspondencia en su libro *Album de radiografías secretas,* de publicación póstuma (Barcelona, Ed. Destino, 1982). Declara ahí: «La verdad es que la muerte de Froilán es un hecho imaginario.» (p. 84), y esboza, a continuación una «teoría de los simulacros» que ejemplificarían la persona y la obra de Vercors, en comparación con las figuras de Sartre y Camus.

[32] Del 4 de mayo de 1981.

BOLETÍN AEPE Nº 29. Roger DUVIVIER. Del cometa de Sender a la lápida de Froilán. Desandand...
Centro Virtual Cervantes

do «real» salvado de casi diez años de vida infantil alcoleana) [33], *Monte Odina* hace a Froilán partícipe de tal relevancia al ambientarle en la época del cometa. El carácter novelesco del episodio de la cometa no contradice, en principio, la coincidencia histórica de Froilán y el cometa. En efecto, la diferencia que el testimonio de Sender marca entre el Froilán real y el fantaseado apunta al óbito: el Froilán histórico no sufrió muerte prematura en la niñez por un rayo, sino que sufriría una muerte relativamente prematura en la edad adulta, a raíz de la guerra civil. Eso, al parecer, no desmentía la pertenencia alcoleana de Froilán.

Por lo menos tal fue mi convicción, de modo que, con ocasión de un viaje a España que hice en la primavera del año pasado, revolví las actas de nacimiento del ayuntamiento de Alcolea en busca de un niño Froilán de edad cercana a la de Sender. En vano. Froilán es un nombre de pila del todo desconocido en Alcolea: ni aparece, ni suena. Salí defraudado e hice parte de mi desilusión a doña Concha Sender, la benevolente y agudísima hermana mayor del difunto escritor. Ella exclamó: ¡Claro, si Froilán no fue de Alcolea, Froilán era de Tauste!» Al día siguiente, en vísperas de volver a mi tierra sin más demora posible, me apeaba en Tauste. Allí sí que, al poco rato, topaba con antiguos conocidos de Froilán. «¿Froilán? Claro que ha muerto». A las dos horas de llegar, penetraba en el recogido y soleado cementerio local. Vencida la desconfianza de los encargados, di con un nicho cuya lápida reza en letras de oro: «Froilán Latorre Latorre, 25-9-1898 9-1-1973, R. I. P.».

Sin que sea preciso entrar, de momento, en la divulgación y explotación de mis pesquisas posteriores, se desprende del hallazgo que, ni alcoleano, ni de la misma edad que Sender [34], aquel Froilán tuvo poco en común con el niño de la cometa o el cometa. «Sénder le tomó nada más el nombre», opina certeramente uno de los dos que quedan de tres compañeros de estudios que Pepe tuvo en las famosas clases de mosén Joaquín [35]. De lo que no hay duda es que lo tomó de él. La familia de Pepe y la familia de Froilán se trataron, y cuando doña Concha afirma que en su niñez Pepe trató sólo a un Froilán, le da toda la razón la rareza de tal nombre de pila, completamente inusitado en Alcolea, conocido sólo a través de la memoria de un portador único en Tauste. En suma, es lo que indicaba esencialmente la confidencia lacónica de Sender: «El chico Froilán existía con ese nombre...» Había que entender que lo acreditado no pasaba de la confirmación de la existencia de un chico llamado Froilán. Lo que viene al caso es el puro hecho del arraigo concreto de su nombre en el capítulo infantil de la vida del novelista.

Y luego Sender yerra en la parte de la información que viene de segunda mano. El Froilán histórico no ha sido víctima de la contienda civil española, sino que se ha extinguido en su apacible villa a una edad bastante avanzada. No es de extrañar que Sender, desconectado de Tauste desde el año 1914, no esté bien enterado del destino de Froilán, que en toda su vida apenas salió de su comarca. Es ocioso preguntarse si le confundieron o se confundió él, pero lo sorprendente es que se haya expresado

[33] Lo demuestran varias anécdotas de *Solanar y l. ar., passim,* sin contar con alusiones en escritos o entrevistas anteriores.

[34] Verdad es que Froilán sólo le llevaba, aproximadamente, dos años y medio a Ramón, pero eso no era poco para el niño de alrededor de once años que fue éste en la época de Tauste. Además, Froilán tiene fama de haber sido alto. Como tal, le recuerda, de paso, el escritor en el libro séptimo de *Crónica del alba:* «Froilán, el hombre más grande del pueblo» (Ed. Destino, II, p. 369). No se trata de un antiguo compañero que presente las condiciones naturales del amiguito casi gemelo de *Monte Odina.* Huelga, de momento, aducir otros elementos que llevan a la misma conclusión.

[35] En *Crónica del alba,* esos compañeros quedan del todo borrados como si mosén Joaquín hubiera sido el preceptor exclusivo de Pepe.

BOLETÍN AEPE Nº 29. Roger DUVIVIER. Del cometa de Sender a la lápida de Froilán. Desandand...
Centro Virtual Cervantes

tan explícita y categóricamente acerca de un punto dudoso cuando ni se ha preocupado de rectificar la ubicación de la persona en causa... Parece que en ningún plano se inclinaba a asignar al llamado Froilán el final de una muerte natural y vulgar. ¿Influía en eso el antecedente del fusilamiento del poeta conspirador Froilán Carvajal, personaje histórico involucrado en la novela *Mr. Witt en el cantón,* de 1935? [36] Sea lo que fuere, no deja de ser significativo que, con la publicación de un tardío libro semi o seudorrecordatorio, el nombre prestigioso de un héroe y mártir registrado en la obra temprana se haya incorporado a una leyenda de superación de la muerte personal —leyenda elaborada a partir de datos tomados, por tenues que puedan ser en parte, de los orígenes propios de Sender.

Se vislumbra, así, un trabajo de convergencias y desplazamientos más complejos de lo que parece a primera vista. La literaturización etérea de un núcleo de experiencia autobiográfica se opera en medio de «un haz de secretas subjetividades» [37].

[36] Se sabe que la acción de esta novela tiene por contexto una circunstancia bélica del final de la primera república española. Fue considerada *a posteriori* como una premonición de los acontecimientos pendientes. Lo nota el propio autor en el prólogo a la segunda edición: «... algunos críticos han dicho que la novela resultó en cierto modo profética, porque muchos de los sucesos de 1873 se repitieron poco después de su publicación» (*Mr. Witt en el cantón,* Madrid, Alianza Editorial, p. 7). Sobre el personaje histórico que fue Froilán Carvajal, véase P. Collard, *Ramón J. Sender en los años 1930-1936* (Rijksuniversiteit te Gent, Werken uitgegeven door de Faculteit van de Letteren en Wijsbegeerte, 167, p. 197, nota 191).

[37] R. J. Sender, *Album de radiografías secretas,* p. 95 (acerca de Vercors, en el capítulo citado arriba, en la nota 31).

BOLETÍN AEPE Nº 29. Roger DUVIVIER. Del cometa de Sender a la lápida de Froilán. Desandand...
Centro Virtual Cervantes